

de las estatuas de Menfis, y contribuyendo de un modo admirable á aumentar la severidad general de la forma. La frente es bombeada, espaciosa, dilatada por las sienas y de corte semejante al de Diana la cazadora; en una palabra, una frente altiva y poderosa, silenciosa y tranquila. El arco de las cejas, que se dibujan vigorosamente, se cierne sobre dos ojos cuyo brillo centellea á veces como el de una estrella fija. El blanco del ojo no es ni azulado ni blanco puro, ni está sembrado de filamentos rojos, y tiene la consistencia del cuerno, si bien sus tonos son animados y vigorosos. La pupila está rodeada de un círculo anaranjado, de manera que parece de bronce rodeada de oro, pero de oro animado. Aquella pupila tiene una gran profundidad y no está cubierta, como la de ciertos ojos, por una especie de telilla que rechaza la luz y les hace parecer á los ojos de los gatos y de los tigres; ni posee tampoco esa inflexibilidad terrible, que hace estremecerse á las gentes sensibles; sino que su profundidad posee su infinito, lo mismo que el brillo de ciertos ojos posee su absoluto. La mirada del observador puede perderse en aquella alma, que se concentra y se retira con tanta rapidez como surge de aquellos aterciopelados ojos. En un momento de pasión, las miradas de Camilo Maupin son sublimes: el oro de sus ojos ilumina el blanco de los mismos y todo brilla; pero en momentos de calma sus miradas son frías, el embotamiento de la meditación les comunica cierta apariencia de alelamiento, y, como es natural, cuando la luz del alma falta en ellos, las líneas del rostro se entristecen también. Las pestañas son cortas, pero tupidas y negras como colas de armiño. Sus párpados son morenos y están plagados de fibrillas rojas que les comunican á la vez gracia y fuerza, dos cualidades éstas que es muy difícil que llegue á reunir las mujer. En el cerco de los ojos no se ve arruga ni ajadura alguna. En este detalle podéis encontrar aún á esta mujer cierta semejanza con el granito de la estatua egipcia suavizado por el tiempo. La prominencia de los pómulos, aunque no muy grande, es, sin embargo, mayor que la de las otras mujeres y completa la expresión de fuerza que denota su rostro. La nariz, delgada y recta, está provista de fosas oblicuas bastante dilatadas para permitir ver el color rosáceo de su delicado interior. Esta nariz es una perfecta continuación de la frente, á la cual se une mediante una deliciosa línea, y es perfectamente blanca lo mismo por

su nacimiento que por la punta, la cual está dotada de una especie de movilidad que hace verdaderas maravillas en los momentos en que Camilo se indigna y se enfurece. Como observó Talma, en este órgano es donde se pinta la cólera ó la ironía de las grandes almas, pues la inmovilidad de las fosas acusa una especie de sequedad; por eso no veréis nunca vacilar la nariz de un avaro, la cual permanece cerrada lo mismo que la boca y las demás partes de su rostro. La boca de Felicidad de Touches, arqueada por la comisura, es de un rojo vivo, y la sangre abunda en ella, comunicándole ese minio animado y pensador que hace tan seductora aquella boca, y que puede tranquilizar al amante á quien asustase la gravedad majestuosa del rostro. El labio superior es delgado, y el surco que lo une á la nariz llega bastante abajo, lo cual comunica una expresión particular á su desdén. Camilo necesita hacer muy poco para expresar su cólera. Este bonito labio está limitado por el ancho margen rojo del labio inferior, que denota en su dueña infinita vanidad y amor. La barba es un poco gruesa; denota resolución y termina perfectamente aquel perfil, si no divino, por lo menos real. Es preciso advertir aquí que la parte inferior de la nariz está ligeramente esfumada por un poco de bozo lleno de gracia. La naturaleza hubiera cometido una falta si no hubiera hecho brotar allí aquella ligera obscuridad. El pabellón de sus orejas posee delicadas volutas, signo de ocultas delicadezas. Su busto es ancho, su cintura delgada y sus caderas poco salientes, pero graciosas. El nacimiento de su trasero es magnífico, y recuerda más bien á *Baco*, que á la *Venus Calípiga*, y en él se ve el matiz que separa de su sexo á casi todas las mujeres célebres, las cuales ofrecen en esto cierta semejanza con el hombre, y carecen de la flexibilidad y del abandono de las mujeres destinadas á la maternidad. Esta observación es bilateral y tiene su contrapartida en los hombres cuyas caderas son casi semejantes á las de las mujeres, cuando los tales hombres son astutos, sagaces, falsos y cobardes. El cuello de Camilo, en lugar de hundirse por la nuca, forma un dilatado contorno que une los hombros á la cabeza, sin sinuosidades, siendo este el carácter más evidente de la fuerza. Aquel cuello ofrece á intervalos posturas de magnificencia verdaderamente atlética. Los hombros, admirablemente contorneados, parecen pertenecer á una mujer colosal. Los brazos están vigorosamente modelados y ter-

minados por muñecas de delicadeza inglesa y por manos pequeñas, llenas de hoyuelos, gordas y provistas de uñas rosáceas cortadas en forma de almendra, y de una blancura que anuncia que aquel cuerpo tan robusto y tan bien constituido posee un color completamente distinto de el del rostro. La actitud serena y fría de aquella cabeza está suavizada por la amabilidad de los labios, por su variable expresión y por el artístico movimiento de las fosas nasales. Sin embargo, á pesar de estas promesas irritantes, la calma de aquella fisonomía tiene algo de provocativo. Aquel rostro, más melancólico y serio que gracioso, acusa siempre la tristeza debida á la constante meditación, siendo esta la causa por la que la señorita de Touches escucha más que habla, y asusta con su silencio y con su mirada dotada de profunda fijeza. De las personas verdaderamente instruidas, ninguna ha podido verla sin pensar en la verdadera Cleopatra, en aquella morenita que estuvo á punto de cambiar la faz del mundo; pero en Camilo la parte física es tan acabada y de naturaleza tan leonina, que un hombre un tanto turco lamenta la unión ó el conjunto de un espíritu tan grande con un cuerpo semejante, y desearía encontrar en ello solamente á la mujer. Todo el mundo teme que á su saber vayan unidas las extrañas corrupciones de un alma diabólica. La frialdad del análisis, lo positivo de la idea, ¿no iluminan sus pasiones? ¿No juzga aquella joven, en lugar de sentir? ó ¿fenómeno más terrible aún! ¿no juzga y siente á la par? Pudiéndolo todo con su cerebro, ¿se detendrá donde se detienen las demás mujeres? ¿No debilitará su corazón aquella fuerza intelectual? ¿Tendrá gracia? ¿Será afable? ¿Descenderá á las conmovedoras insignificancias con que las mujeres ocupan, divierten é interesan al hombre amado? ¿No destruirá ciertos sentimientos cuando éstos no respondan al infinito que ella abraza y contempla? ¿Quién puede colmar los dos abismos de sus ojos? Se teme encontrar en ella un no sé qué de salvaje é indomable. La mujer fuerte no debe ser más que un símbolo, porque vista en la realidad asusta. Camilo Maupin se parece un poco á aquella Isis de Schiller, escondida en el fondo del templo, á cuyos pies encontraban los sacerdotes expirando á los atrevidos gladiadores que la habían consultado. Las aventuras que el mundo tenía por ciertas, y que Camilo no desmentía, confirman las preguntas que sugiere su presencia. Pero ¿jama ella acaso la calumnia?

La naturaleza de su belleza no ha dejado de influir en su renombre, lo mismo que su fortuna y su posición. Cuando un escultor quiera hacer una estatua admirable de Bretaña, no tiene más que copiar á la señorita de Touches. Aquel temperamento sanguíneo y bilioso es el único que puede rechazar la acción del tiempo. La pulpa alimentada incesantemente por aquella piel lustrosa es la única arma que la naturaleza ha dado á las mujeres para resistir á las arrugas, á cuya ausencia contribuía también, por otra parte, en Camilo, la impasibilidad de su rostro.

En 1817, esta encantadora joven abrió su casa á los artistas, á los autores de renombre, á los sabios y á los publicistas, por los cuales sentía gran simpatía, y tuvo un salón semejante al del barón Gerard, salón donde la aristocracia se mezclaba con las gentes ilustres y adonde acudía lo más selecto de la sociedad parisiense. La parentela de la señorita de Touches y su fortuna, aumentada con la herencia de su tía la monja, la protegieron en la empresa, tan difícil en París, de crearse una sociedad. Su independencia fué una de las razones de su éxito. Muchas madres ambiciosas concibieron la esperanza de casarla con alguno de sus hijos cuya fortuna no estaba en armonía con la vetustez de su nobleza. Algunos pares de Francia, engolosinados con los ochenta mil francos de renta y seducidos por aquella casa montada admirablemente, llevaron allí á sus parientes más rebeldes y difíciles para el matrimonio. El mundo diplomático, que busca siempre las diversiones del espíritu, se complació también en acudir á su casa, y la señorita de Touches, rodeada de tantos ambiciosos, pudo estudiar perfectamente las diferentes comedias que la ambición y la avaricia hacen desempeñar á los hombres, aunque pertenezcan á las clases más elevadas. Siendo aún muy joven, vió, pues, el mundo tal como es, y fué bastante afortunada para no sentir en sus primeros años ese gran amor que brota del espíritu y de las facultades de la mujer y que la impiden juzgar imparcialmente. Regla general, la mujer siente, goza y juzga sucesivamente, y de ahí sus tres edades distintas de las cuales la última coincide con la triste época de la vejez. Para la señorita de Touches, este orden fué invertido. La juventud estuvo rodeada de las nieves de la ciencia y de las frialdades de la reflexión, sirviendo, sin duda, esta transposición para explicar la extravagancia de su vida y la naturaleza de su

talento. Esta joven observó á los hombres en la edad en que las mujeres no pueden ver más que á uno solo, despreció á los que éstas admiran, sorprendió mentiras en las adulaciones que éstas aceptan como verdades y se rió de aquello que les comunica gravedad. Este contrasentido duró mucho tiempo, pero tuvo un fin terrible; pues Felicidad, joven y fresca, sintió su primer amor en el momento en que las mujeres se ven intimadas por la naturaleza á renunciar al mismo. Sus primeras relaciones fueron tan secretas, que nadie las conoció. Felicidad, como todas las mujeres que se entregan al buen sentido del corazón, creyó estar en lo cierto deduciendo de la belleza del cuerpo la del alma, y habiendo quedado enamorada de una buena figura, descubrió al fin toda la estupidez que encerraba un hombre de buen aspecto que no vió en ella más que una mujer. Tardó algún tiempo en reponerse del disgusto que le ocasionó aquella unión insensata. Por fin, un hombre adivinó su dolor, la consoló sin miras interesadas, ó al menos sabiendo ocultarlas, y Felicidad creyó haber encontrado en él la nobleza de corazón y el talento de que carecía el petimetre. Este hombre poseía uno de los talentos más originales de este tiempo, escribía bajo un pseudónimo y sus primeros escritos anunciaron en él á un adorador de Italia. Felicidad tuvo que viajar, so pena de perpetuar la única ignorancia que le quedaba. Aquel hombre escéptico y burlón llevó á Felicidad á conocer la patria de las artes; pudo pasar por el maestro y el creador de Camilo Maupín; puso en orden los inmensos conocimientos de Felicidad; los aumentó mediante el estudio de las obras maestras que pueblan Italia; le comunicó ese tono ingenioso, fino, epigramático y profundo que caracterizaba á su talento propio, que era siempre un poco extravagante en la forma, pero que Camilo Maupín modificó con la delicadeza de sentimiento y el ingenio propio de las mujeres, y, finalmente, le inculcó el gusto por las obras de la literatura inglesa y alemana, y le hizo aprender durante el viaje estas dos lenguas. El año 1820, estando en Roma, la señorita de Touches fué abandonada por una italiana. Sin esta desgracia, acaso no hubiera sido nunca célebre. Napoleón apellidó comadrona del genio á la desgracia. Este acontecimiento inspiró para siempre á la señorita de Touches ese desprecio por la humanidad que tan fuerte la hacía. Felicidad murió y Camilo nació. La joven volvió á

París con el gran músico Conti, para el cual escribió dos libritos de ópera; pero como no tenía ya ilusiones, se convirtió, sin que lo supiese el mundo, en un Don Juan hembra, sin deudas ni conquistas. Animada por el éxito, publicó sus dos tomos de piezas de teatro, las cuales hicieron pasar, de buenas á primeras, el nombre de Camilo Maupín á formar parte del número de los anónimos ilustres. La notable escritora contó después su pasión engañada en una novelita que es indudablemente una de las obras maestras de la época. Este libro, de peligroso ejemplo, fué puesto al lado de *Adolfo*, horrible lamentación cuya contrapartida formaba la obra de Camilo. La delicadeza de su metamorfosis literaria no ha sido aún comprendida. Algunos espíritus astutos ven en ella esa generosidad que entrega á un hombre á la crítica y que salva á la mujer de la gloria, permitiéndole que permanezca obscura. A pesar de sus deseos, su celebridad aumentó de día en día, tanto por la influencia de su salón como por sus réplicas, por la exactitud de sus juicios y por la solidez de sus conocimientos; la escritora llegó á formar escuela, sus frases se repetían y no pudo de ningún modo librarse de las funciones de que estaba investida por la sociedad parisiense. El mundo inclinó su cerviz ante el talento y la fortuna de esta joven extraña, y reconoció y sancionó su independencia, admirando las mujeres su talento y los hombres su hermosura. Por otra parte, su conducta se sometió siempre á las conveniencias sociales; sus amistades parecieron puramente platónicas, y Felicidad no tuvo nada de la mujer autor. La señorita de Touches es encantadora; como mujer de mundo, mostróse á propósito débil, ociosa, coqueta, presumida, encantada de las insignificancias que seducen á las mujeres y á los poetas, y comprendió perfectamente que después de la señora de Staël no quedaba ya plaza en este siglo para una Safo, y que Ninón no podría existir en París sin grandes señores ni corte voluptuosa. Camilo Maupín es la Ninón de la inteligencia; adora el arte y á los artistas; va del poeta al músico, del escultor al prosista; vive desde 1830 en un círculo escogido con amigos probados que se aman tiernamente y que se estiman. Tan alejada del estruendo de la señora de Staël como de las luchas políticas, Felicidad se burla de Camilo Maupín, ese hermano menor de Jorge Sand, á quien ella llama su hermano Caín, porque su gloria reciente ha hecho olvidar la suya. La señorita de Touches ad-

mira á su feliz rival con una indiferencia angelical, sin experimentar celos ni guardarle rencor.

Hasta el momento en que comienza esta historia, Felicidad tuvo la existencia más feliz que puede imaginarse una mujer que disponga de fuerzas suficientes para protegerse á sí propia. Desde 1817 á 1834, sólo había ido cinco ó seis veces á Touches. Su primer viaje acaeció después de su primera decepción, ó sea, en 1818. Su casa de Touches estaba inhabitable; pero la joven envió, á pesar de esto, á su administrador á Gueranda, se albergó en Touches, y como no sospechaba entonces su futura gloria, estaba muy triste y quería en cierto modo contemplarse á sí propia después de este gran desastre; no visitó á nadie y escribió á París á una amiga cuya comunicándole sus intenciones de amueblar convenientemente los Touches y encargándole la compra de lo necesario para ello. El mobiliario fué transportado en un buque hasta Nantes, y en una pequeña embarcación hasta Croisic, y de aquí fué trasladado sin dificultad á los Touches, á través del arenal. Una vez hecho esto, mandó venir obreros á París, y se estableció en aquella morada cuyo conjunto le agradó extraordinariamente, pues quería meditar allí, cual si estuviese en una cartuja privada, acerca de los acontecimientos de la vida. A principios de invierno, la joven se fué á París, siendo entonces la villa de Gueranda presa de curiosidad diabólica, toda vez que sólo se hablaba del lujo asiático de la señorita de Touches. El notario, que era su administrador, dió permiso para que pudiese ser visitada aquella mansión, y en poco tiempo desfiló por ella una infinidad de gente de Batz, del Croisic y de Savenay. En dos años, aquella curiosidad valió la enorme suma de diez y siete francos á las familias del portero y del jardinero. La joven no volvió á Touches hasta dos años después, á su vuelta de Italia, y como había entrado por Croisic, estuvieron mucho tiempo en Gueranda sin conocer su presencia y la del compositor Conti, que se hallaba á la sazón con ella. Las apariciones sucesivas que hizo posteriormente excitaron poco la curiosidad de la pequeña ciudad de Gueranda, pues su administrador, y á lo sumo el notario, eran los únicos que estaban en el secreto de la gloria de Camilo Maupín. Sin embargo, en este momento, el contagio de las ideas nuevas había hecho algunos progresos en Gueranda y había allí algunas personas que conocían el doble nombre de la señorita de Touches. El

director de correos recibía cartas dirigidas á Camilo Maupín en Touches. Por fin, el velo se descorrió. En un país esencialmente católico, atrasado y lleno de preocupaciones, la extraña vida que hacía aquella ilustre joven no podía ser nunca comprendida, y tenía que originar los rumores que tanto habían asustado al abate Grimont. Por otra parte, Felicidad no estaba sola en Touches, sino que tenía un huésped, y éste era Claudio Viñón, escritor desdenguado y soberbio, que, al mismo tiempo que hacía de crítico, encontró el medio de dar al público y á los literatos la idea de su superioridad. Felicidad, que había recibido á este escritor hacía ya siete años, como había recibido á otros cien autores, periodistas, artistas y gentes de mundo, y que conocía su carácter sin voluntad, su pereza, su profunda miseria, su incuria y su cansancio de todo, parecía que quería hacer de él su marido, por la manera como lo trataba. La conducta de Felicidad, incomprendible para sus amigos, se la explicaba ella por su ambición y por el espanto que le causaba la vejez. La escritora deseaba confiar el resto de su vida á un hombre superior, que se sirviese de su fortuna como de un peldaño y que fuese el continuador de su importancia en el mundo literario. En este estado había llevado consigo á Claudio Viñón desde París á Touches, como águila que lleva entre sus garras á un cervatillo, para estudiarle y tomar una decisión violenta; pero engañaba á la vez á Calixto y á Claudio: al verse engañada por sí propia y al ver que su vida se iluminaba demasiado tarde con el sol del amor, brillante como brilla en los corazones á los veinte años, era presa de las más violentas convulsiones que podían agitar á un alma tan violenta como la suya. He aquí ahora la cartuja de Camilo.

A algunos centenares de pasos de Gueranda, el suelo de Bretaña cesa, y comienzan las dunas y los pantanos salinos. Al desierto de arena que ha dejado el mar, cual un margen, entre ella y la tierra, se baja por un camino abarrancado por el cual no han transitado nunca coches. Este desierto contiene arenas infértiles, pantanos de forma desigual, donde se cultiva la sal, y el pequeño brazo de mar que separa del continente la isla de Croisic. Aunque el Croisic sea, geográficamente considerado, una península, como sólo está unido á Bretaña por la playa que lo enlaza con la aldea de Batz, playa formada por áridas é inseguras arenas que no son fáciles de franquear, puede pasar por una isla. En el

lugar en que el camino de Croisic á Gueranda empalma con la carretera de tierra firme, se encuentra una casa de campo rodeada de un gran jardín, notable por sus pinos tortuosos y alabeados, los unos en forma de parasol, pobres los otros en ramaje, y mostrando todos sus troncos rojizos en aquellos lugares en que les falta la corteza. Estos árboles, víctimas de los huracanes, y que brotaron allí contra viento y marea, preparan al alma para el triste y gran espectáculo de los pantanos salinos y de las dunas, que parecen un mar inmóvil. La casa, bastante bien construída con piedras esquistosas y mortero, sostenidas por pilares de granito, carece por completo de estilo arquitectónico y ofrece á las miradas una pared seca perforada regularmente y á intervalos por los huecos de las ventanas. Estas están formadas por grandes vidrios en el primer piso y por vidrios pequeños en el piso bajo. Encima del primer piso están los graneros, que se extienden bajo un enorme tejado elevado, puntiagudo, terminado en forma de ángulo diedro y con dos sendas lumbreras á ambos lados. Bajo el triángulo de cada uno de los aleros sendas ventanas abren su ojo ciclópeo, la una hacia el oeste con vistas al mar, y la otra hacia el este con vistas á Gueranda. Una de las fachadas de la casa mira al camino de Gueranda, y la otra al desierto, á cuyo extremo se levanta el Croisic. Al otro lado de este pueblecito se extiende la inmensidad del mar. Un arroyuelo brota de una abertura de los muros del parque que bordea el camino de Croisic, y, atravesando éste, va á perderse en las arenas ó en el pequeño lago de agua salada, circundado por las dunas, por los estanques y producido por la irrupción del brazo de mar. Un camino de algunas toesas, practicado en esa brecha del terreno, conduce de la carretera á la casa, en la cual se entra por una gran puerta y cuyo patio está rodeado de construcciones rurales bastante modestas, tales como una cuadra, una cochera y una casa de jardinero, al lado de lo cual se ve un corral con sus dependencias, corral que aprovecha más bien al portero de la casa que al amo. Los tonos grisáceos de este edificio armonizan admirablemente con el paisaje que domina. Su parque es el oasis de aquel desierto á cuya entrada encuentra el viajero una barraca de cal y canto donde hacen guardia los carabineros. Esta casa sin tierras, ó cuyas tierras están situadas en territorio de Gueranda, obtiene unos diez mil francos de renta de las salinas,

además de lo que le producen las alquerías diseminadas por tierra firme. Tal es el feudo de Touches, al que la revolución privó de sus rentas feudales. Hoy, los Touches son una propiedad; pero los salineros continúan llamándole *el castillo*, y dirían asimismo *el señor*, si el feudo no hubiera recaído en una hembra. Cuando Felicidad quiso restaurar los Touches, se guardó bien, como gran artista que era, de cambiar en nada aquel exterior desolado que da un aspecto de prisión á este solitario edificio. Hermoseó únicamente la puerta de entrada con dos columnas de ladrillos que soportan una galería, por debajo de la cual puede pasar un coche. El patio fué todo plantado.

La distribución del piso bajo es igual á la de la mayor parte de las casas de campo construídas hace cien años. Indudablemente, esta casa había sido construída sobre las ruinas de algún pequeño castillo levantado allí, como un anillo que unía el Croisic y la aldea de Batz á Gueranda, y que se enseñoreaba de las salinas. En la parte baja de la escalera se había formado un pequeño peristilo. En primer término encontrábase una gran antesala entarimada, en la que Felicidad había puesto una mesa de billar, y después un inmenso salón con seis ventanas, dos de las cuales forman puertas que dan acceso al jardín por una decena de peldaños, y que se comunican con las puertas que conducen la una al billar y la otra al comedor. La cocina, situada en el otro extremo, se comunica con el comedor mediante una repostería. La escalera separa el billar de la cocina, la cual tenía una puerta que daba al peristilo, puerta que la señora Felicidad hizo condenar inmediatamente, abriendo otra que diese al patio. La elevación y la grandeza de las habitaciones de este piso bajo permitieron á Camilo adornarlo con noble sencillez, aunque se guardó bien de poner en ellas objetos preciosos. El salón, pintado todo de color gris, está provisto de una sillería antigua de caoba y de seda verde, de cortinas de calicó blanco con ribete verde en las ventanas, de dos consolas y de una mesa redonda; en el centro hay una alfombra á grandes cuadros, y sobre la vasta chimenea un reloj, que representaba el carro del sol, entre candelabros de estilo imperial. En el salón de billar se ven también cortinas de calicó gris con ribetes negros, y dos divanes. El mobiliario del comedor se compone de cuatro grandes armarios de caoba, una mesa, doce sillas también

de caoba, tapizadas con tela de crin, y magníficos grabados de Audrán encerrados en marcos de la misma madera. Del centro del techo pende una elegante lámpara de dos mechas, semejante á las que existen en las escaleras de los grandes palacios. Todos los techos, formados por salientes vigas, han sido pintados de color de madera, y la escalera vieja, que es de madera con grandes balaustres, está cubierta de arriba abajo de una gran alfombra verde.

El primer piso tenía dos habitaciones separadas por la escalera, y Camilo tomó para sí la que tiene vistas á las salinas, al mar y á las dunas, y la dividió en un saloncito, un gran dormitorio y dos gabinetes, uno para tocador y otro para trabajo. De la otra parte de la casa formó dos habitaciones con una antesala y un gabinete cada una. Los criados se albergan en el piso superior. Las dos habitaciones para los huéspedes no tuvieron al principio más que lo estrictamente necesario, pues los objetos artísticos que había pedido á París se los reservó para sus habitaciones, llevada del deseo de tener en aquella sombría y melancólica habitación y ante aquel melancólico y sombrío paisaje las más fantásticas creaciones del arte. Su saloncito está cubierto de hermosos tapices de Gobelinos, encerrados en espléndidos marcos de talla. Las ventanas están cubiertas de magníficas telas antiguas, entre ellas un hermoso brocado con dobles reflejos oro y rojo, amarillo y verde, provisto de festones verdaderamente regios y de bellotas dignas de los más espléndidos doseles de la iglesia. Aquel salón encierra, además, un magnífico cofre antiguo que lo adquirió su administrador y que vale hoy siete ú ocho mil francos, una mesa de ébano tallado, un escritorio con mil cajones, incrustado de arabescos de marfil y venido de Venecia, y, finalmente, los más hermosos muebles góticos: se ven allí estatuitas, cuadros y todo lo mejor que pudo escoger un pintor amigo suyo en casa de los anticuarios, que, en 1818, no sospechaban siquiera el precio que adquirirían más tarde aquellos tesoros. Sobre las mesas se ven hermosos vasos del Japón con fantásticos dibujos. La alfombra es de Persia y fué introducida de contrabando por las dunas. El dormitorio reproduce el estilo Luis XV con perfecta exactitud; pues la cama es de madera tallada, pintada de blanco, con doseles abovedados rematados en amorcillos que se arrojan flores, y soportando cortinajes de seda recamada; el reloj es de oro modelado y tiene á

ambos lados sendos jarrones de Sevres; el espejo es del mismo estilo; el tocador, con sus encajes y espejo, es estilo puro Pompadour, pudiendo admirarse luego aquellos muebles tan bien contorneados, aquellas duquesas, aquel diván, aquel canapé, el biombo de laca, las cortinas de seda semejante á la de los muebles y forradas de satén color rosa, y, en una palabra, todas las cosas elegantes, ricas, suntuosas y delicadas de que se rodeaban las mujeres bonitas del siglo XVIII para hacer el amor. El cuarto de trabajo, completamente moderno, opone á la galantería del siglo de Luis XV un mueblaje de caoba, y su biblioteca está llena; por otra parte, las encantadoras futilidades de la mujer lo llenan, atrayendo, sobre todo, las miradas las obras modernas: libros con secreto, cajitas para pañuelos y para guantes, pantallas en litofanía, estatuitas, figuras chinescas, escribanías, uno ó dos álbums, prensa-papeles, y, finalmente, las innumerables chucherías que estaban á la sazón de moda. Los curiosos podían admirar allí con sorpresa un par de pistolas, una pipa turca, un látigo, una hamaca, una escopeta, una blusa, tabaco y una mochila de soldado; siendo mescolanza ésta que describe á Felicidad.

Visitando esta morada, toda alma grande quedará sorprendida por las bellezas especiales del paisaje, que despliega su manto al otro lado del parque, manto que constituye la última vegetación del continente. Aquellos tristes cuadros de agua salobre, divididos por los caminitos blancos, por donde se pasea el salinero, vestido todo de blanco, á fin de rastrillar, recoger la sal y formar con ella pilones; aquel espacio que las exhalaciones salinas prohíben atravesar á los pasajeros, ahogando así todos los esfuerzos de la botánica; aquellas arenas en las que la mirada no encuentra más consuelo que el que le proporciona alguna hierba dura, persistente y de rosáceas flores; aquel lago de agua salada, la arena de las dunas y la vista del Croisic, miniatura de la ciudad encerrada como Venecia en plena mar; y, finalmente, el inmenso océano que rodea los arrecifes de granito con sus espumosas franjas para hacer resaltar aún mejor sus extrañas formas, elevan el pensamiento al mismo tiempo que lo entristecen, produciendo así el mismo efecto que produce lo sublime á lo largo, el cual nos apena á causa de la idea que nos comunica de lo desconocido entrevisto por el alma á alturas desesperantes. De modo que aquellas salvajes ar-